

BONIFACIO

Carlos Villar Flor

Bonifacio Malumbres preparaba oposiciones.

Tras la feliz conclusión de sus estudios de derecho, sin más retraso que el inevitable año y medio, y tras los tres consabidos meses de desconecte total para reponer baterías en Santo Domingo y Costa Rica, se había enfrascado en la meritoria y sufriente vida de opositor a técnico administrativo de comunidad autónoma. Cinco años transcurrieron de esta guisa, con un horario apretado de siete horas de sueño, nueve de estudio, dos de comidas, una de siesta, otra de paseo reparador, cuarenta y cinco minutos de moderados ejercicios musculatorios, dos de cafeteo y/o copeteo y una hora quince minutos para asuntos varios. Los martes reservaba tres horas para acudir al preparador y recitarle los temas, y los domingos por la tarde abandonaba el estudio y se dedicaba a hacer un poco de turismo rural o a jugar al pádel con Ricardito. Su madre, viuda y aún activa, se volcaba en la manutención de su hijo único preparándole un entorno doméstico y culinario propicio, sin que esto le reclamara una innecesaria renuncia a su intensa vida social en las mejores cafeterías de Logroño.

Tanto sacrificio no podía sino dar fruto, y, en efecto, cuando se juzgó preparado, Boni se presentó y aprobó las oposiciones con buen número. Tenía apenas veintiocho años y toda una vida por delante...

Pocos días después de la feliz noticia, Boni volvió a consultar la lista de aprobados y suspensos, pues le picaba la curiosidad por saber quién habría quedado en la frontera de excluidos. Tras una discreta investigación descubrió que el tal Benítez era un honesto padre de cuatro hijos, víctima de una suspensión de pagos, que malvivía en un piso alquilado en el casco antiguo. Siempre hay quien está peor que uno, pensó, a modo de apto resumen de unas jornadas de serias cavilaciones. Pero el dilema no tardaría en resolverse. Con honda satisfacción en el pecho, nuestro amigo decidió renunciar a su plaza y otorgar felicidad en un hogar

necesitado, sin más compensación que la dicha del buen obrar y una tarjeta navideña cíclica de la familia Benítez.

Pero la bondad crea hábito en un corazón generoso, dicen. Y así, cada año en distintas comunidades autónomas, Boni Malumbres tuvo oportunidad de presentarse a diversas oposiciones, demostrar con creces su valía intelectual, y, por si fuera poco, testimoniar su solidaridad con los más necesitados. Hubo ocasiones en que no salió sin recompensa (como un fin de semana loco que le propuso una joven opositora de Llobregat, o el envío anual de una caja de Jumillas por el día de su santo), pero Boni no lo hacía por eso, su renuncia era siempre un regalo desinteresado, regalo que no puede dispensar quien primero no lo ha ganado, claro.

En la actualidad Boni pasa de los cuarenta. Su madre, lamentablemente, no puede ya interrumpir su estudio con bombones y pequeñas delicadezas, pues ha pasado a mejor vida. Permanece soltero y quizá siga así aún varios años, a pesar de que las casaderas de Logroño lo consideraran un chico majete.

